

EDITORIAL

El gobierno ante una encrucijada

La interrupción del llamado diálogo social debería tener una dimensión positiva, aparte de la negativa en que, en su escueto meollo, consiste. Aparte de ser el fin de una etapa debería ser posible percibirla como el principio de una nueva fase. Esta es, a nuestro modo de ver, la responsabilidad principal que en este momento pesa sobre los hombros del gobierno.

El peligro inmediato, si esta tarea permanece incumplida, es el retorno a la etapa recién superada, lo que situaría al país sobre una senda circular, sin progreso. Un país permanentemente volcado hacia un plan tan factible como el de mezclar el agua y el aceite, a fuerza de palabras. El gobierno, los partidos, y el PIT-CNT por siempre trabados en una conferencia sin agenda, sin fin imaginable, en que todos los temas son posibles, con el del repudio de la deuda externa operando como pesadillesco leitmotiv. Estas imágenes, ideales para simbolizar la frustración en sí misma, arriesgan con transformarse en una representación adecuada del gobierno del Dr. Sanguinetti.

La búsqueda del consenso a partir de una *tabula rasa*, por obra y gracia del diálogo paciente, infinito, tal parece haber sido la idea dominante en materia de política económica hasta aquí. Pero, con ser una idea afectada de un atroz infantilismo, representa de todos modos una estrategia. Una estrategia sólo adjetiva, apenas instrumental, pero una estrategia al fin. "Venid y sentémonos todos en torno a esta mesa, y dialoguemos sobre cómo encontrar el camino; cuando hayamos dialogado bastante, tendremos la solución al acertijo". No es mucho, pero es algo. Aparentemente se puede vivir con una estrategia deplorablemente tonta. Pero, sin ninguna, ¿será posible? ¿No retornaremos a lo viejo, por el simple horror al vacío, que parece regir en el universo histórico tanto como en el mundo físico?

En este contexto, convendría que el gobierno tomase una conciencia tan clara como fuera posible, en cuanto que los observadores no pueden inferir, ni de sus actos, ni de sus palabras, una estrategia económica. Cuando oímos a los opositores acusar al gobierno de no haber aportado soluciones a los problemas del país, nosotros no podemos menos que concordar. El hecho de que pensemos que ellos participan plenamente de la misma carencia, y que sus propuestas son simples recetas para el desastre, no obsta a aquella concordancia. Política, económica, en rigor, una política que guarde correspondencia con la situación dramática en que la economía uruguaya permanece sumida, por el momento no hemos visto.

Y de ello nunca nos sentimos más seguros que cuando escuchamos a voceros del gobierno argumentar en sentido opuesto. Recientemente hemos oído mencionar dos clases de realizaciones desde tales fuentes. Una está representada por los aumentos de salarios y pasividades. Esta ni siquiera podemos vincularla a la idea de un plan económico. Si el Presidente Sanguinetti tiene razón, como nosotros creemos, en cuanto a que los incrementos reales de las remuneraciones son afectos de una economía sana, y no remedios para devolverle la salud a una enferma, lo que percibimos en tales aspectos tiene que estar signado con una transitoriedad a muy corto plazo. La segunda clase de realizaciones que hemos oído invocar concierne los acuerdos comerciales con nuestros dos grandes vecinos. Y si bien se trata de avances significativos en un terreno importante, no deja de ser, en el contexto global, un aporte menor, de concreción un tanto problemática en el terreno de las cifras, dadas las actuales relaciones de precios y tasas cambiarias, y que, por referirse a mercados que representan, *gross modo*, un quinto de nuestras exportaciones, deja la caída del 20% de su cifra global este año fuera de su alcance potencial, por más salutar que el pueda llegar a ser.

Los datos con que el gobierno tendría que habérselas en una definición de política deberían, a nuestro modo de ver, incluir de manera fundamental la caída estrepitosa de la inversión, que en 1984 se redujo a algo menos de la mitad de su expresión real en 1981, el último máximo, y de la inversión privada en particular, que cayó casi 60% desde 1980, casi 20% al año en el último bienio, sin que parezca que el paracaídas tienda a abrirse.

Según nuestra interpretación, la pobre performance de las exportaciones es un reflejo de la evolución de la inversión, que no debe perderse de vista que se halla situada en un nivel neto negativo, es decir, que no alcanza para reponer el capital que se desgasta o queda obsoleto. Gran parte de las oportunidades de exportación, por otra parte, abiertas por el enorme auge de las compras de los EE.UU., deben requerir nueva inversión, ya que no es posible suponer que la dinámica de los mercados respete la conformación de nuestra capacidad instalada. La falta aguda de disposición para comprometer sus recursos en nuevas inversiones que están mostrando los agentes económicos domésticos, y su disposición en cambio a buscar otras radicaciones para su capital, unido a una clara tendencia de los agentes no residentes a repatriar el que tenían invertido en el país, nos parecen a todas luces los factores recesivos fundamentales, y por tanto los que deberían atraer de manera fundamental la atención

de las autoridades. Una política económica, aquí y ahora, no nos parece que pueda otorgar prioridad a otro objetivo que no sea el de restaurar la capacidad de la economía uruguaya para atraer nuevo capital, sea de residentes, sea de extranjeros. Más capital, más trabajo, más exportaciones, mayores salarios reales y mayor consumo, esa debe ser la cadena que, en buena lógica, deberíamos esperar ver desenvolverse ante nuestros ojos. Y, atención, no es indiferente cuál sea el eslabón por donde empece-

mos. Por el momento, sin embargo, no apreciamos nada en la política gubernamental que tienda a fomentar la inversión. Como este tema estuvo conspicuamente ausente de la Concertación Programática, su ausencia de la lista visible de prioridades gubernamentales debe atribuirse a ello. Ha llegado el momento en que el gobierno debe encarar al respecto un cambio de rumbos. Frente a la idea del diálogo perenne, ahora debe anteponer el concepto de un gobierno que tiene clara noción de cómo es que las economías, todas, más allá de las diferencias de sistema, se desarrollan. Y ello es con capital. Este es el ingrediente básico, el punto de partida insalvable.

Nada de lo que el Ejecutivo y el Parlamento están haciendo en el Uruguay revela que asignen al tema ninguna importancia. Más bien, parecen apoyarse en el concepto de que todo empieza con la distribución, y que el capital no está compuesto por recursos escasos, porque ya está invertido todo el que necesitamos, o porque a su debido tiempo caerá del cielo como maná. Por lo general, parecen presumir que invertir en el Uruguay es tan atractivo, que es posible imponer a los inversores condiciones crecientemente gravosas sin afectar sus decisiones. Una multiplicidad de proyectos de ley en tal sentido atiborran las carpetas del Parlamento Nacional, otras tantas amenazas para el inversor. ¿Es extraño que éste dirija su mirada hacia otros lugares? El mundo es ancho y nada ajeno a quienes quieren asumir riesgos, dar empleo, producir.

Nos preguntamos, entonces, si habrá una nueva etapa en el gobierno del Dr. Sanguinetti, tras la interrupción del diálogo social, que parta de bases realistas y le dé a la economía la oportunidad de zafar de la ciénaga en que está empantanada.

Para conocer la respuesta, estaremos atentos a los primeros pasos que de aquí en más dé el equipo gubernamental. Discernir hacia dónde emprenda la marcha será de auténtica trascendencia. Porque, entre los caminos que puedan tomar, uno sólo conduce a la meta que todos deseamos.